

Agradecimientos.—Los presento a mis colaboradores, a mis hospitalarios amigos y a quienes se han ocupado de la limpieza de caminos de Apiay por el esmero que han tenido en la conservación de las estacas que he ido dejando en el trabajo.

Jacobo Arciniegas.—No puedo cerrar este informe sin manifestar que el recuerdo de este amigo ha estado fijo en nuestra mente, tanto por la falta que ha hecho para la buena marcha de los trabajos como por las huellas que a cada paso encontrábamos de su inteligente y activa colaboración en el año pasado.

Resumen.—Se aprovechó el verano de diciembre a enero. Muy buena voluntad se encontró en todos a quienes se les pidió algún servicio. No hubo tropiezo alguno a pesar de que por enfermedad (úlceras) tuvieron que separarse Félix Gómez y Ernesto Moreno; éste último nos ha prestado muy eficaz ayuda desde enero del año pasado en que se principió el trabajo de agrimensura.

El Buque, 5 de febrero de 1919

SERGIO CONVERS C.

Página dominical Evangelio del Domingo

Domingo de Septuagésima

Evang. de San Mateo XX, 1-16.

Porque el reino de los cielos se parece a un padre de familias, que al romper el día salió a alquilar jornaleros para su viña.

Y ajustándose con ellos en un denario por día, enviólos a su viña.

Saliendo después cerca de la hora de tercia se encontró con otros

que estaban mano-sobre mano en la plaza.

y díjoles: Andad también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.

Y ellos fueron. Otras dos veces salió a eso de la hora de sexta y de la hora de nona, é hizo lo mismo.

Finalmente salió cerca de la hora undécima, y vió a otros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día?

Respondiéronle: Es que nadie nos ha alquilado.

Díjoles: Pues id también vosotros a mi viña.

Puesto el sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros.

Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron denario cada uno.

Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darían más; pero no obstante éstos recibieron igualmente cada uno su denario.

Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias,

Diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.

Mas él por respuesta dijo a uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo en un denario?

Toma, pues, lo que es tuyo, y vete: yo quiero dar a éste, bien que sea el último, tanto como a ti.

¿Acaso no puedo yo hacer de lo mío lo que quiero? ¿ó ha de ser tu ojo malo ó envidioso, porque yo soy bueno?

quellas transiciones de los climas cálidos, la mañana había cambiado, y así era que los rayos del sol matutino entraban por la ventana que daba a la huerta, y alumbrando una parte del mantel iban luego a reflejarse por refracción en la cara de los dos amigos. Cualquiera observador habría notado en la fisonomía del doctor Eguerra una transición notable, transición que él no podía ocultar, y que le daba un aspecto más simpático. Cuando llamándose a cuentas se preguntaba la causa de aquello, lo atribuía como para engañarse a sí mismo, a la vigilia de la noche anterior y a los esfuerzos mentales que en aquella lucha había tenido para aliviar a su enferma. Pensaba con tristeza en la suerte infortunada de la joven y como que se complacía con la esperanza de poderla aliviar algún día.

La conversación naturalmente trajo desde el principio un mismo objeto,

De esta suerte los postreros en este mundo serán primeros en el reino de los cielos, y los primeros postreros: muchos, empero, son los llamados, mas pocos los escogidos.

REFLEXIONES

El reino de los cielos, dice nuestro Evangelio, es semejante a un padre de familias que salió muy de mañana a ajustar trabajadores para su viña. ¿Quién es ese padre de familias? ¿Quiénes esos jornaleros? ¿Qué significa la viña, el denario y las diferentes horas del día?

El padre de familias, dicen los Santos Padres, es el mismo Dios, de quien todos los hombres han recibido el ser y la vida, cuya familia componen, a quien pueden llamar con el dulce nombre de Padre, y que nos manda nos miremos unos a otros como hermanos y como miembros de una misma casa.

Los jornaleros enviados a la viña somos todos los hombres, puesto que a todos nos ha llamado el Señor a la práctica de sus divinos mandamientos y a la salvación de nuestras almas.

La viña es la Iglesia católica, o si os place mejor, es nuestra propia alma, como parte de la Iglesia, es el estado de cada uno, fuera del cual o no se trabaja o se trabaja inútilmente.

El denario significa la vida eterna, que es la recompensa prometida a los jornaleros.

Las diversas horas, en fin, en que somos llamados, denotan las diversas edades de la vida; para que todos entendamos que sea cualquiera nuestra edad y nuestras circunstancias, ninguno podemos eximirnos de la ley del trabajo, ora corporal, ora espiritual, ora una y otra cosa a la vez.

¿Cuán errados viven los hombres que se dan por felices con haber resuelto el problema de comer sin trabajar! ¿Cuán neciamente caminan los que sudan y se afanan por el

y no podía ser otro que el resultado de la noche anterior.

—Sí, dijo el Cura, Elías me cuenta que después de que nosotros nos vinimos, durmió aunque con sobresaltos y fatiga hasta que empezó a venir el día. De entonces para acá como que ha sido más tranquilo el sueño. El se vino a las seis, y según dice aún no había despertado.

—Por supuesto que ese joven no habrá dormido.

—Imposible! Se la ha pasado vetando a la orilla de la cama. Elías la adora, y sería capaz de sacrificar su existencia por ella.

—Creo haberle dicho a usted que ella es una joven muy circunspecta por una parte, y por otra él es muy tímido, así es que por lo que entiendo, él está tan en duda como al principio.

El Cura observó que después de un momento, su amigo había fijado la vista sobre el mantel y que

FOLLETTIN DE « ECO DE ORIENTE »

RUTH.

Por José David Guarín

Los tres toques a misa dados casi sin intervalo alguno hicieron levantar al doctor Eguerra.

A medio vestir salió al balcón para bañarse, pero involuntariamente se quedó allí acodado en la baranda, fijo é inmóvil como una estatua. Su alma había recibido la impresión de aquella naturaleza velada por una luz entristecida y medio oculta por la descolorida niebla y no pudo menos que meditar.

Una hora después está en el comedor tomando el desayuno el Cura y su huésped. Por una de a-